

AGUSTÍN LARA

novela biográfica POR A. LAPENA y F. REINA

el artista
del amor
y del
recuerdo

CAPITULO SEPTIMO

El presentimiento de Mercedes.—"¡Le perderé!... ¡Le perderé!"—La hora íntima.—Las canciones que pedían los generales y los presidentes.—Cartas de mujeres.—La cortesana famosa.—Quinientos pesos.—"Para gasolina".—"Para flores". A La Habana, con Pedro Vargas y Ana María Fernández.—"Ven... Me estoy muriendo".—"Agustín Lara ha muerto en La Habana".—"Mi gente me llama Toña la Negra".—"La voz que tiene sol dentro.—La temporada de oro del Politeama.—La vedette X.—El beso a la fuerza.—Aventura.—"No puedo engañarte más".—"¡Perdóname!"—"A veces pienso que tenía razón aquel día".

...Y LA DOBLE PROFECIA DE MAGDA SE CUMPLIO

DESPUES de aquella jornada gloriosa en el Teatro Lirico para el músico y poeta, Lara, al quedar solo en el tranquilidad de su hogar, hizo un ligero balance de su pasado. Al repasarlo día a día, tuvo un recuerdo lleno de ternura para alguien que ya casi se había borrado de su pensamiento. A su memoria vino un nombre de mujer: el de Magda, la dulce peripatética de la casa de Margarita, a la que en buena parte debía todas las alegrías de aquellos instantes.

Con una emoción preñada de gratitud, el artista triunfante constataba que el sentido profético de las palabras de la desventurada Magda se cumplían en todos sus términos.

Eña, al empujarle y hacerle salir del lupanar para lanzarlo a la lucha por el pan y la gloria, le

Un día se presentó ante Lara: "Me llaman Toña la Negra; soy de Veracruz, como usted, y quiero que me oiga cantar". Y cantó. Y debutó en seguida en el Iris. (He aquí una foto de Toña cuando comenzó su carrera artística hace 12 años.)



había predicho el seguro triunfo que habría de alcanzar, gracias al impulso que a sus alas le daría otra mujer.

Efectivamente. El triunfo estaba allí, y allí también, junto a él, la mujer que lo impulsó: Mercedes.

Esta, sabiéndose la autora de aquella gloria, sentíase aquella noche intensamente feliz, pero al mismo tiempo profundamente triste.

Lara había observado que de vez en vez, en los ojos de Mercedes aparecían las lágrimas; pero que inmediatamente, reponiéndose, reía de felicidad. El músico se decidió al fin y le preguntó:

—Mercedes, ¿por qué esas lágrimas?... ¿Es que no te sientes dichosa por lo ocurrido?

Mercedes se abrazó a él y le besó en la boca. Luego repuso:

—Soy tan feliz esta noche, que no sé lo que me pasa. Y río y lloro sin saber por qué.

Mercedes no decía la verdad. Sabía perfectamente lo que le pasaba. Y lo que le pasaba era que sintiéndose dichosa por el triunfo de su amante—amante para ella en el más puro sentido del amor—sentía al mismo tiempo la profunda angustia de un presentimiento que le martilleaba el cerebro y la arañaba en la carne del corazón. Pensaba: La gloria y los aplausos irán arrebatándomelo poco a poco y terminarán por robármelo definitivamente.

Lara captó muy pronto el pensamiento de Mercedes. No en vano estaba identificado con ella, en ideas y en cuerpo y alma.

En una explosión de sinceridad quiso tranquilizar a Mercedes y le dijo:

—Nada ni nadie podrá apartarme de ti.

Sonrió ella y luego inquirió:

—¿Seguro?

—¡Te lo juro!

Deseando convencerla de una vez para siempre, continuó hablando apasionadamente:

—¡Si aunque quisiera no podría!... Si alguna vez tuviera esa tentación, forzosamente tendría que rectificar. ¿No te lo debo todo a ti, que eres la musa de todas mis canciones?... ¿Qué podría hacer yo si me faltara mi musa?

La primera luz de la aurora les sorprendió en un largo beso, que tenía valor de firma y de rúbrica para un contrato amoroso, por toda una eternidad.

A pesar de todo, el presentimiento de Mercedes persistía. Una voz maléfica continuaba repitiéndole:

—¡Te lo arrebatarán!... ¡Te lo robarán!... En esto, como en todo, el corazón no te engaña...

dolo todo, sienta sus reales en México, de la misma manera que lo hace en todos los pueblos de América. Los valores del teatro son arrastrados por el triunfador del instante. Y la radio se lleva también a Agustín Lara. Su nombre y su música, ya populares en todo México, se hacen célebres en el resto del Continente, a través de las ondas.

La medida del gran éxito del poeta y el compositor en el radio, le da un programa titulado "La hora íntima", que todas las noches, a las diez, lanza Agustín Lara por los micrófonos de la "W". Día a día se encierra en uno de los saloncitos-estudio y canta íntimamente canciones de su repertorio.

Desde la primera noche, no bien ha sido tocada y cantada la primera canción, comienzan a sonar los timbres de todos los teléfonos de la emisora...

¿Qué sucede?... Los comunicantes lo explican: Voces de hombres y de mujer solicitan del músico-poeta la canción de su gusto.

Procura el artista complacer a todos los que le han llamado aquel primer día, pero al volver al siguiente, comprende que ya no puede hacerlo. Un centenar de cartas llevan nuevas peticiones. ¿Cómo dar gusto a todos?

Por la noche, desde que el programa empieza hasta que acaba, no cesan de pasarle recados telefónicos.

En el álbum de sus recuerdos, Lara conserva muchas de aquellas peticiones. Nos las muestra y, merced a estos papelitos, podemos ir comprobando los gustos musicales de muchos personajes conocidos en México. Copiamos al azar:

"El señor general Cárdenas desearía que tocara y cantara Rosa".

"Desearía que tocara usted Noche Criolla, el ex Presidente señor Portes Gil".

"Por favor le ruega que toque Palmera la señorita María Conesa".

"La familia del general Avila Camacho le estimaría la gentileza de hacerle oír Lamento Jarocho".

"La hora íntima" es el suceso radial más grande que se ha producido desde que la radio fué instalada en México, y a medida de que los días avanzan, se hace más popular y más interesante. Ello da lugar a anécdotas que Agustín Lara nos refiere.

Nos cuenta, entre otras cosas, que durante seis días consecutivos venía recibiendo una escuela perfumada escrita con letra de mujer. La autora se limitaba a escribir: "Quiéreme como yo a ti".

El séptimo día llegó—¡cómo no!—la consabida carta. Por fin, su texto variaba. En aquella ocasión se le pedía ya algo más: "Ilumine mi casa

Habana".—*"Mi gente me llama Toña la Negra".—La voz que tiene sol dentro.—La temporada de oro del Politeama.—La vedette X.—El beso a la fuerza.—Aventura.—"No puedo engañarte más".—"¡Perdóname!"—"A veces pienso que tenía razón aquel día".*

...Y LA DOBLE PROFECIA DE MAGDA SE CUMPLIO

DESPUES de aquella jornada gloriosa en el Teatro Lírico para el músico y poeta, Lara, al quedar solo en el tranquilidad de su hogar, hizo un ligero balance de su pasado. Al repasarlo día a día, tuvo un recuerdo lleno de ternura para alguien que ya casi se había borrado de su pensamiento. A su memoria vino un nombre de mujer: el de Magda, la dulce peripatética de la casa de Margarita, a la que en buena parte debía todas las alegrías de aquellos instantes. Con una emoción preñada de gratitud, el artista triunfante constataba que el sentido profético de las palabras de la desventurada Magda se cumplían en todos sus términos.

Ella, al empujarle y hacerle salir del lupanar para lanzarlo a la lucha por el pan y la gloria, le

Un día se presentó ante Lara: "Me llaman Toña la Negra; soy de Veracruz, como usted, y quiero que me oiga cantar". Y cantó. Y debutó en seguida en el Iris. (He aquí una foto de Toña cuando comenzó su carrera artística hace 12 años.)



que inmensamente, repitiéndose, leía de tenacidad. El músico se decidió al fin y le preguntó: —Mercedes, ¿por qué esas lágrimas?... ¿Es que no te sientes dichosa por lo ocurrido? Mercedes se abrazó a él y le besó en la boca. Luego repuso: —Soy tan feliz esta noche, que no sé lo que me pasa. Y río y lloro sin saber por qué. Mercedes no decía la verdad. Sabía perfectamente lo que le pasaba. Y lo que le pasaba era que sintiéndose dichosa por el triunfo, de su amante—amante para ella en el más puro sentido del amor—sentía al mismo tiempo la profunda angustia de un presentimiento que le martilleaba el cerebro y la arañaba en la carne del corazón. Pensaba: La gloria y los aplausos irán arrebatándole poco a poco y terminarán por robármelo definitivamente.

Lara captó muy pronto el pensamiento de Mercedes. No en vano estaba identificado con ella, en ideas y en cuerpo y alma.

En una explosión de sinceridad quiso tranquilizar a Mercedes y le dijo:

—Nada ni nadie podrá apartarme de ti.

Sonrió ella y luego inquirió:

—¿Seguro?

—¡Te lo juro!

Deseando convencerla de una vez para siempre, continuó hablando apasionadamente:

—¡Si aunque quisiera no podría!... Si alguna vez tuviera esa tentación, forzosamente tendría que rectificar. ¡No te lo debo todo a ti, que eres la musa de todas mis canciones?... ¿Qué podría hacer yo si me faltara mi musa?

La primera luz de la aurora les sorprendió en un largo beso, que tenía valor de firma y de rúbrica para un contrato amoroso, por toda una eternidad.

A pesar de todo, el presentimiento de Mercedes persistía. Una voz maléfica continuaba repitiéndole:

—¡Te lo arrebatarán!... ¡Te lo robarán!... En esto, como en todo, el corazón no te engaña... ¡Le perderás!... ¡Le perderás!

La carrera ascensional de Agustín Lara proseguía, sin disminuir su amor por Mercedes. Los acontecimientos no daban la razón al presentimiento.

Nuevas revistas en el Lírico y nuevos éxitos. Estos culminan con el estreno de la obra titulada "Artistas y Modelos", que se representa cientos de veces.

Con la fama y los aplausos viene también el dinero.

El modestísimo pianista bohemio de "Salambó", que apenas podía vivir con el mísero sueldo de sus "cuatro pesitos fuertes", comienza a liquidar cantidades respetables que en otro tiempo les hubieran parecido a Mercedes y a él sueños de fábula o fantasías de los cuentos de Aladino.

Los amantes descuelgan el nido que colgaron en el miserable cuartito de las calles de Matamoros y lo instalan, alegres y optimistas, en un lujoso departamento de las calles de Tokio.

LA HORA INTIMA

Por aquel entonces, la radio que llega arrollán-

"W". Día a día se encierra en uno de los saloncitos-estudio y canta íntimamente canciones de su repertorio.

Desde la primera noche, no bien ha sido tocada y cantada la primera canción, comienzan a sonar los timbres de todos los teléfonos de la emisora... ¿Qué sucede?... Los comunicantes lo explican: Voces de hombres y de mujer solicitan del músico-poeta la canción de su gusto.

Procura el artista complacer a todos los que le han llamado aquel primer día, pero al volver al siguiente, comprende que ya no puede hacerlo. Un centenar de cartas llevan nuevas peticiones. ¿Cómo dar gusto a todos?

Por la noche, desde que el programa empieza hasta que acaba, no cesan de pasarle recados telefónicos.

En el álbum de sus recuerdos, Lara conserva muchas de aquellas peticiones. Nos las muestra y, merced a estos papelitos, podemos ir comprobando los gustos musicales de muchos personajes conocidos en México. Copiamos al azar:

"El señor general Cárdenas desearía que tocara y cantara *Rosa*".

"Desearía que tocara usted *Noche Criolla*, el ex Presidente señor Portes Gil".

"Por favor le ruega que toque *Palmera* la señorita María Conesa".

"La familia del general Avila Camacho le estimaría la gentileza de hacerle oír *Lamento Jarocho*".

"La hora íntima" es el suceso radial más grande que se ha producido desde que la radio fué instalada en México, y a medida de que los días avanzan, se hace más popular y más interesante.

Ello da lugar a anécdotas que Agustín Lara nos refiere.

Nos cuenta, entre otras cosas, que durante seis días consecutivos venía recibiendo una esquela perfumada, escrita con letra de mujer. La autora se limitaba a escribir: "Quiéreme como yo a ti".

El séptimo día llegó—¡cómo no!—la consabida carta. Por fin, su texto variaba. En aquella ocasión se le pedía ya algo más: "Ilumine mi casa con sus notas". Se añadía un nombre y unas señas.

El músico, que había llegado a intrigarse por la continuidad de aquellas esquelas, resolvió ir a conocer a la anónima comunicante. Deseaba, si no corresponder a su amor, por lo menos complacerla en su última petición: iluminarle la casa con sus notas.

—Creo haberles dicho ya alguna vez—recuerda Lara—que soy un hombre tímido. Tras decidirme a acudir a la cita de aquella mujer, sentí temores y rogué a un amigo que me precediera en calidad de explorador.

"Fuimos los dos hacia la casa y yo me quedé en la puerta. Penetró mi amigo y esperó. La espera no fué larga. Salió mi compañero azorado y confuso. Me tomó por un brazo y me arrastró, diciéndome:

—¡Vámonos!... ¡Vámonos de prisa!

"Me dejé arrastrar un gran trecho y al fin pregunté:

—¿Qué sucede?

—Tu enamorada tiene ochenta años. Dice que



De la temporada de oro del Politeama. Lara y Toña la Negra con la orquesta. Entre los músicos que integran ésta vemos, violín en la mano y riendo, al hoy famoso compositor Núñez de Borbón.

tú eres su último y gran amor.

Reímos y Lara concluye:

—Estuve tentado de volver y visitar a la anciana, pero me faltó valor. Pienso ahora, sin embargo, que hubiera sido una buena obra ir de vez en cuando a verla y hacerle oír algunas de mis canciones. Quizá, con mis notas, hubiera iluminado la casa y los últimos años de la viejecita.

FRENTE A LA MUERTE

Lara recuerda el contenido de una carta; de una carta que le fué entregada una noche cuando terminaba "La hora íntima". La abrió y en su rostro se dibujó un gesto de asombro. No era aquella una carta de mujer. Las emocionadas líneas decían: "Soy un paralítico. Estoy recluido en el Sanatorio Francés. Todo me lo quitó la vida y nada espero de ella. Le escribo a usted porque me parece que es mi deber expresarle la gratitud que le debo. Sus canciones son lo único que pone una lucecita a mi vida. Ellas hacen más dulces mis tristes recuerdos y más llevadera mi desesperanza. Gracias por el consuelo que su música y sus versos me proporcionan. Y usted no sabe con qué emoción y con qué honda sinceridad escribo yo esta palabra: gracias".

Otra noche, cuando terminaba el programa, llegó a ver a Lara una mujer lindísima.

—Vengo a verle de parte de una amiga mía para invitarle a una fiesta que ella, en honor de usted, quiere dar en su casa.

—¿Y su amiga es tan guapa como usted?

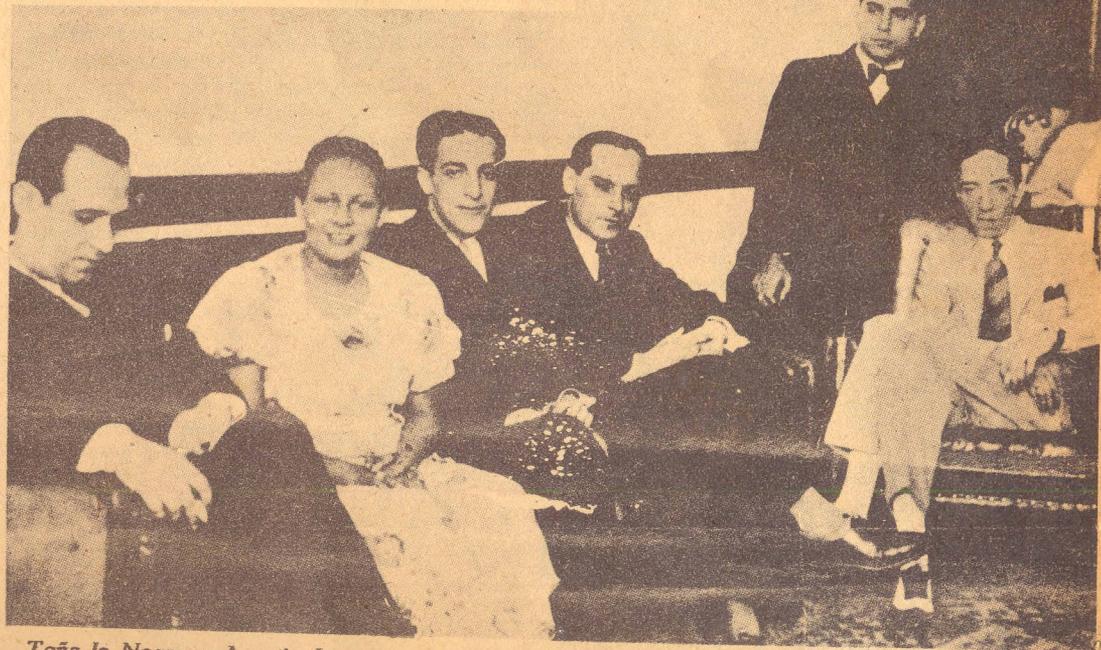
—Más.

—Imposible.

—Te digo a usted que es más linda que yo. Ya lo verá si va a la fiesta... ¿Irás?

Después de lo que me ha dicho, ¿cómo quiere que no vaya!

Efectivamente, Lara fué con unos amigos a la fiesta de la bella, que vivía en una de las colonias más elegantes de México.



Toña la Negra y Agustín Lara con el entonces Comité Ejecutivo de la Unión Mexicana de Autores.

sobrecito. Dentro de él estaban los quinientos pesos y una tarjetita de Lara, en la cual se leía exclusivamente esta frase: "Para flores".

Algún tiempo después, Agustín Lara recibió una interesante proposición para actuar en La Habana, con Pedro Vargas y Ana María Fernández. Se trataba de efectuar una larga temporada en el Teatro Encanto, de la hermosa ciudad del Caribe. Aceptó. Su música, lo mismo que un día salió de la capital de México para volar a través de toda la República, iba a pasar ahora a los demás países del Continente.

Mercedes le despidió con ternura angustiada.

—Cualquiera diría que no me vas a volver a ver —exclamaba Lara riendo.

—¿Quién sabe! —suspiraba Mercedes.

había de conducirlo a La Habana. En el avión con ella viajaban los periódicos de México, cuyos grandes titulares pregonaban:

"¡Agustín Lara ha muerto en La Habana!"

Uno de los pilotos que se enteró de quién era aquella viajera muda y triste, hizo ocultar los diarios, pero una indiscreción puso un periódico en manos de Mercedes. Y los ojos de la mujer, tras el velo de sus lágrimas, leyeron: "Agustín Lara ha muerto en La Habana".

No gritó, no se desesperó. Recordó que sus sentimientos la decían que había de perderle... pero no quería perderle así, a manos de la única rival que vence siempre: la muerte.

Al llegar a La Habana, Mercedes corrió desde el aeródromo al Hospital de Emergencia. El estado de Lara era desesperado. Entreabrió los ojos para mirarla intensamente.

—Por fin has venido. No quería morirme sin verte a ver.

Ella le besó en la frente con fervor de beso último. Pasaron las horas lentas, angustiosas, pre-

ñadas de peligros. Noches en vela, días de zozobra, instantes de desesperación. Pero la vida de Lara se salvó. Poco después abandonaba el lecho, y tras reponerse rápidamente, debutaba en el Teatro Encanto, con mayor éxito aún que aquel que le auguraron.

Después de una temporada triunfal en La Habana, Lara regresó a México y volvió con Mercedes a su casa de la calle de Tokio. Quería descansar. Necesitaba descansar. Mercedes, muy seriamente, aseguraba:

—Por lo menos durante tres meses, serás mío, sólo mío. Luego ya volverás a tus canciones, a tu público y a...

—¿A qué, Mercedes?—preguntaba él.

la negra... Entre los músicos que integran ésta vemos, violín en la mano y riendo, al hoy famoso compositor Núñez de Borbón.

tú eres su último y gran amor.

Reímos y Lara concluye:

—Estuve tentado de volver y visitar a la anciana, pero me faltó valor. Pienso ahora, sin embargo, que hubiera sido una buena obra ir de vez en cuando a verla y hacerle oír algunas de mis canciones. Quizá, con mis notas, hubiera iluminado la casa y los últimos años de la viejecita.

FRENTE A LA MUERTE

Lara recuerda el contenido de una carta; de una carta que le fué entregada una noche cuando terminaba "La hora íntima". La abrió y en su rostro se dibujó un gesto de asombro. No era aquella una carta de mujer. Las emocionadas líneas decían: "Soy un paralítico. Estoy recluso en el Sanatorio Francés. Todo me lo quitó la vida y nada espero de ella. Le escribo a usted porque me parece que es mi deber expresarle la gratitud que le debo. Sus canciones son lo único que pone una lucecita a mi vida. Ellas hacen más dulces mis tristes recuerdos y más llevadera mi desesperanza. Gracias por el consuelo que su música y sus versos me proporcionan. Y usted no sabe con qué emoción y con qué honda sinceridad escribo yo esta palabra: gracias".

Otra noche, cuando terminaba el programa, llegó a ver a Lara una mujer lindísima.

—Vengo a verle de parte de una amiga mía para invitarle a una fiesta que ella, en honor de usted, quiere dar en su casa.

—¿Y su amiga es tan guapa como usted?

—Más.

—Imposible.

—Le digo a usted que es más linda que yo. Ya lo verá si va a la fiesta... ¿Irá?

Después de lo que me ha dicho, ¿cómo quiere que no vaya!

Efectivamente, Lara fué con unos amigos a la fiesta de la bella, que vivía en una de las colonias más elegantes de México.

Realmente, era preciosa. Preciosa y espléndida; con toda la señorial esplendidez que le permitía la cartera de su amante de turno, uno de los personajes de la situación política.

La cena se roció largamente con champán y después Lara, dispuesto a complacer a la dulce señora, se sentó al piano.

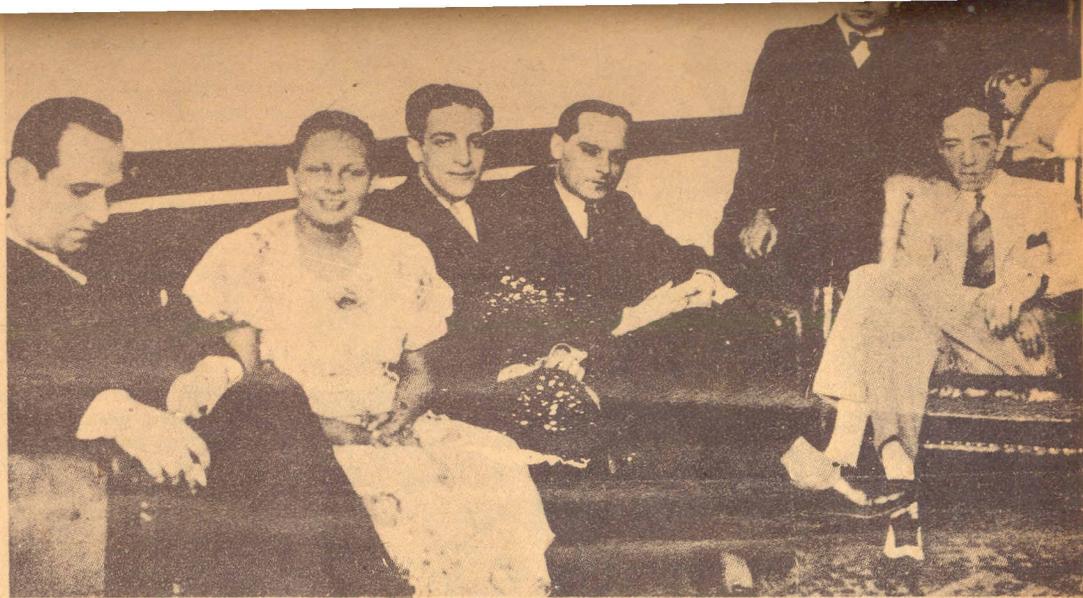
La fiesta tomó perfiles de orgía de buen tono. La linda dueña de la casa mostró de súbito uno obstinado empeño en enseñar a Lara la decoración de sus habitaciones íntimas. El músico la siguió gentil...

Horas después, Lara salía de la casa. Su galante amiga le acompañó hasta el coche. Y al despedirse, introdujo su mano en el bolsillo superior del abrigo del hombre y, depositando en él algo, dijo con un gracioso mohín:

—Para gasolina.

Intensamente turbado, Lara no acertó a responder y saltó a su coche. Camino de su casa, vió lo que la mano de la hermosa había dejado en su bolsillo. Era un billete de quinientos pesos.

Al día siguiente la famosa cortesana recibía un



Toña la Negra y Agustín Lara con el entonces Comité Ejecutivo de la Union Mexicana de Autores.

sobrecito. Dentro de él estaban los quinientos pesos y una tarjetita de Lara, en la cual se leía exclusivamente esta frase: "Para flores".

Algún tiempo después, Agustín Lara recibió una interesante proposición para actuar en La Habana, con Pedro Vargas y Ana María Fernández. Se trataba de efectuar una larga temporada en el Teatro Encanto, de la hermosa ciudad del Caribe. Aceptó. Su música, lo mismo que un día salió de la capital de México para volar a través de toda la República, iba a pasar ahora a los demás países del Continente.

Mercedes le despidió con ternura angustiada.

—Cualquiera diría que no me vas a volver a ver —exclamaba Lara riendo.

—¿Quién sabe! —suspiraba Mercedes—. Constantemente experimento la sensación de que estoy a punto de perderte.

Acompañado de Pedro Vargas y Ana María Fernández, Agustín Lara llegó a la capital de Cuba. Toda la prensa le saludó cariñosamente y le auguró un gran éxito que ya se anunciaba en la expectación que su llegada había despertado. Mas pocos días antes de que se efectuara su presentación en El Encanto, una noche se sintió repentinamente enfermo. El médico que fué llamado para que le examinara dictaminó: "Se trata de un grave ataque de apendicitis. Es necesario que sea trasladado inmediatamente al Hospital de Emergencia".

En estado gravísimo, Lara fué conducido al hospital. Se sentía morir. Pidió un teléfono y le pusieron en comunicación con Mercedes, que había quedado en México.

Ante el aparato, sólo pudo decir, cuando oyó la voz de su amada:

—Ven... ven... me estoy muriendo.

TUVO QUE OIRLA CANTAR

Al día siguiente, Mercedes tomaba el avión que

ñadas de peligros. Noches en vela, días de zozobra, instantes de desesperación. Pero la vida de Lara se salvó. Poco después abandonaba el lecho, y tras reponerse rápidamente, debutaba en el Teatro Encanto, con mayor éxito aun que aquel que le auguraron.

Después de una temporada triunfal en La Habana, Lara regresó a México y volvió con Mercedes a su casa de la calle de Tokio. Quería descansar. Necesitaba descansar. Mercedes, muy seriamente, aseguraba:

—Por lo menos durante tres meses, serás mío, sólo mío. Luego ya volverás a tus canciones, a tu público y a...

—¿A qué, Mercedes?—preguntaba él riendo.

—Tú ya sabes. Conoces mejor que yo la vida de teatro.

Estos eran los propósitos de Agustín Lara; pero un día se presentaron en su casa dos empresarios populares en todo México: Juan Toledo y Dagoberto Campos.

—Queremos presentar contigo un espectáculo en el Iris.

—Pero si yo he resuelto no actuar en una temporada...

—Tú actuarás para nosotros o México tendrá, dentro de unos minutos, un músico menos.

Decidieron presentar en el Iris una revista que había de llevar por título "Nuestro México". Raron escenificadas algunas canciones de Lara y éste compuso otras nuevas.

Estaban ya muy adelantados los ensayos cuando un día, poco antes de comer, una mano oprimió el timbre de la puerta de Lara. La criada le anunció con tono indiferente:

—Una señorita desea verle.

—Dígale que me es imposible recibirla en este momento.

—¿Quiere usted que se lo diga para que no vuelva más?

(Continuará en el número próximo.)